



# FUNDACIÓN JUANJO TORREJÓN "ESCRIBE CON VALOR-ES"

**I CONCURSO DE MICRORRELATOS**  
sobre integración e inclusión

---

## OBRAS PRESENTADAS



LIBRERÍA  
ARANJUEZ



HAPPY HAPPY DAY  
EVENT PHOTOGRAPHY

**480€**

*"Progresiva evolución hacia un mundo sin fronteras basado en la generalización del sistema capitalista a escala mundial".*

Lo repetí una y otra vez, sin saber ni lo que decía, para memorizar la definición de globalización de la que la profesora Asun, estaba tan orgullosa. "Esta es de mi cosecha", decía.

Es una definición realmente romántica, pero es que Asun era muy romántica. Asun, un día, trajo a clase una revista en la que su marido había publicado un artículo. "Una mujer siempre debe estar orgullosa de todo lo que haga su marido", nos dijo.

Me pregunto qué diría Asun si le contara que yo siempre estuve orgullosa de mi marido, aun cuando me destrozó.

Asun, orgullosa de su definición y de su marido, hablaba de un mundo sin fronteras. El mismo contra el que lucho cada día para poder maternar. Lo más natural de este mundo y esta existencia, resulta que es una lucha y una frontera.

Una "globalización" de mujeres me ha brindado apoyo legal, logístico, psicológico, moral... y me ha ayudado a solicitar la RAI (Renta Activa de Inserción. Solo 3 palabras y me cuesta más recordarlas que la definición de globalización). 480€ para mí y mi criatura. Y aún escucho que "las tías reciben ayudas por todo".

Te los doy. De verdad, quédatelos. No los quiero. Pero también te doy los años que pasé al lado de aquel que ahora me hace ostentar la categoría de "víctima de violencia". Te los doy y te pido que, por favor, me traigas mi vida de vuelta.

Eso sí, lo que no te doy es esa "globalización" de mujeres, de la que estoy más orgullosa que Asun de su definición y de su marido, que me hace sentir que de verdad no hay fronteras.

**Ilviaderomero**

Amelia de carne y verso

Amelia es una mujer de verdad. Con arterias, músculos y pelo, como la mayoría de la gente. Lleva orgullosa en la cartera el documento de sus más de ocho décadas. Le gusta el juego de que le eches años, luego con sonrisa pícaro, sabiéndose espléndida, sorprenderte. Amelia hizo las labores de su época. Hijos, casa, matrimonio. Y ya luego, fue ella. Escapista de ganchos, contorsiones y convenciones consigue librarse de un hombre-prisión. Allá que va.

Sin tiempo en la escuela para aprender a escribir, ahora enhebra poemas con rimas perfectas y lirismo exquisito. Habla de paisajes, de la sexualidad marcada, de un ser querido... Lo mismo recita con memoria prodigio al micro de la radio que se envalentona y en un teatro rivaliza en batalla poética con jóvenes armadas de reivindicaciones y versos.

De no conocer nada de insectos recorriendo un pentagrama, con afán y sacando un poquito la lengua, aprende, se atreve a rasgar y mece la bandurria. Cuando no está en el escenario del centro de mayores con la púa orquestando, es que le toca subirse como estrella solista. Aquel cante de tarareo y bajito de casa, lo encumbra y lo saca de paseo al aplauso de los asistentes. Todo auditorio le vale, exitosa se presenta al concurso de los de su edad en la Comunidad. Lo despliega en un karaoke cada fin de semana. Y sonrío y guiña. ¡Nada os cuento del cuerpo de variedades artísticas!, de oriental, de chulapa o vedete de su tiempo. ¿Has visto qué bien salgo en ésta?

Me llama rey. Apunta mi teléfono en su móvil. Que el tiempo la acaricie girando. Dice que así hasta que se pueda. Se marcha con pasitos cortos.

No. No todo son Amelias. Pero Amelia existe. Con manos, pulmones y pulso.

Seudónimo: Carmelo Garzón

Mamen Rodríguez

Buitrago.

Buitrago es un municipio de la provincia de Soria. También un pueblo de la Comunidad de Madrid.

Buitrago es el 1113º apellido más común de España.

Buitrago soy yo. Buitrago por mi Madre y por mi infancia.

Mi Madre es Moreno y Buitrago, y el nombre de mi calle es Buitrago también.

De pequeña siempre me llamó la atención este hecho; cuando me di cuenta, pensé que era cosa del destino. Aunque no supiera de qué se trataba, tenía esa sensación de creer que era mucho más que una casualidad, que mi madre tenía que ser la que es y la calle en la que crecí tenía que ser la que fue.

Y es que mi madre también fue mi calle. Allí estaba mi abuela – que era un trocito de madre – mi abuelo Juan Pedro y las vecinas: La Virtudes, La Paca y La Maximina.

Junto a su recuerdo, el de las sillas de esparto, la primera naranja a rodajas pelada con la navaja de mi abuelo, las migas en la lumbre, el olor a olla que se escapaba de las cocinas, canas que contaban historias, el cante y la alegría. El amor allí se oía, se palpaba, se veía sin necesidad de publicar nada a través de una red social.

Mi calle, mi barrio, también me dio lo que las madres nos dan.



## CEBOLLAS

—Esto parece una invasión —gruñó él—. Deberían echarlos a todos.

—Eso sería peor —dijo ella—. Nosotros los necesitamos y ellos también nos necesitan.

—Y encima, no se adaptan a nuestras costumbres. Faltaría más que nosotros tuviéramos que acostumbrarnos a las suyas...

—Que no —dijo ella con calma—. Que no tenemos que seguir sus tradiciones, sino aceptar una diversidad que nos enriquece a todos.

—Que diversidad, ni que ocho cuartos. Lo que vienen es a llevarse el dinero de las subvenciones.

—Solo vienen a ganarse la vida.

—No hay para los de aquí; y se lo dan a ellos.

— ¡Quieren tener un futuro! —gritó ella— ¿Cómo crees que me sentí cuando tuve que irme a...?

— ¡Unos delincuentes! —sentenció él—. ¡Eso es lo que son!

—Siempre ha habido delincuentes —dijo ella ya sin ánimo—. Si los conocieras, no los juzgarías.

—A mí no me convences.

Y mientras continúa rumiando sus viejos prejuicios, él se queda solo, contemplando el campo de cebollas que se pudren porque no tiene a nadie que las recoja.

## COMO ANILLO AL DEDO

### **Milena Jesenska**

Cuenta una leyenda oriental que todas las personas están unidas por un hilo rojo que se entrelaza al dedo, que en realidad es el destino que las une. En ella, un emperador quiso preguntarle a una bruja con quién se casaría y esta le presentó a una campesina con un bebé en brazos, a la que empujó enfurecido cayendo al suelo y provocó una cicatriz de por vida. Remedios y Cándido cogían el mismo metro con una hora de diferencia pero coincidían en el trabajo lo suficiente como para que existiera entre ellos una complicidad innegable. Ella preparaba la cubertería de los desayunos mientras él limpiaba las mesas. Ella tenía un hijo recién nacido y este trabajo le venía como anillo al dedo. El anillo que nunca le propusieron. Antes nunca la contrataban porque tenía que someterse a numerosos tratamientos de fertilidad que le causaban malestar. Cuando por fin se quedó embarazada de mellizos, perdió uno de ellos a los cuatro meses. Era madre soltera. A él le faltaba un brazo y era hijo único de un médico. Cuando se conocieron, ella no podía dejar de mirar el hueco que dejaba su miembro al aire. Pronto se hicieron amigos, cómplices e incluso llegaron a bromear juntos. Los dos habían tenido dificultades para encontrar empleo, cada uno tenía sus razones: ella por el simple hecho de ser mujer, él tenía una discapacidad. Pronto se enamoraron, quizá fuera el destino. Ambos tenían un secreto: él no quería tener hijos con una deformidad y ella abortó a los cuatro meses porque a su hija le faltaba un brazo. Más tarde, el emperador conocería a su prometida. Cuando apartó su velo, apareció una pequeña cicatriz en su frente.

## CORBATA

Hay días en los que parece que todo lo que pueda ir mal, saldrá mal. Algo se torció ayer desde el mismo momento en que no atinaba a anudarme el lazo de la corbata. Me tiré encima el café del desayuno, las plantas que había comprado mi mujer el día anterior me hacían estornudar. Aunque nada comparable a lo que pasó después. El camión arrollando mi coche y atravesando la puerta en la que viajaba mi hija. Su llanto, que fue lo último que acerté a oír antes de perder el sentido. Un instante después, entre las tinieblas de mi cabeza sólo pude vislumbrar unas chanclas que apenas podrían mitigar el frío de la noche en Madrid. Las de una persona que no debía tener dinero ni para unos calcetines, las de alguien -deduje- que viviría en la calle. Eran las chanclas de la persona que salvó la vida de mi hija esa fría tarde de lluvia. La que cogió mi corbata que había quedado absurdamente tirada en el suelo, que miró y me devolvió intacta, dejándola doblada encima de mi cartera repleta de lo que parecían cosas importantes.

Había sido un día bastante largo, las ojeras se acumulaban bajo mis ojos. Ansiosa le extrañaba.

Inquieta en el sillón, voy hundiéndome cada vez más en la desesperación.

Ya no entra luz por la ventana, la luna hoy no brilla.

Me pesan los párpados. Mi cuerpo me pide que lo deje todo. No le escucho.

Oigo unas llaves, pasos en las escaleras. Una silueta. No le veo bien, pero huele a él. Por fin está en casa. Enciende la luz. Me levanto, pero tras el primer paso, el corazón se me detiene, o quizás se acelera. De repente ya no quiero tenerle cerca. Contengo la respiración.

Me ve y se acerca a mí, me acaricia la mejilla con ojos cansados y una sonrisa ladeada en su rostro. Odio lo que esa sonrisa me hace sentir. Me toma de la barbilla delicadamente y mira mis labios. Quiere besarme. Pero en cuanto sus labios rozan los míos, siento una gran punzada de dolor. Ha vuelto a beber.

No. Otra vez no.

Me aparto. Sabe que detesto que se haga eso. Pero él parece feliz, no le da importancia, me sonrío tontamente, y se acerca otra vez a mí. Quiero que se detenga y le digo que me voy a marchar. Su mirada cambia. Su cuerpo se pone tenso.

Intento ir hacia la puerta, pero él me detiene. Me sujeta fuerte. Me suplica que me quede. Sus ojos parecen desesperados. Pero yo no quiero quedarme aquí con él, no quiero ceder. No esta vez.

Algo dentro de mí me dice que huya. Pero no consigo zafarme de su agarre. No consigo gritar. No consigo moverme, mi cuerpo está paralizado. Sus ojos destilan ira, más de la que he visto nunca. Y todo tiembla.

## **PSEUDÓNIMO: M.CASTILLO**

### **DES-INTEGRACIÓN**

El señor Q era un tipo singular, uno de esos casos clínicos que no tiene explicación. Durante los últimos años carecía de emociones y algunos de sus órganos como los riñones, el hígado y los intestinos habían desaparecido de su cuerpo. Su médico, le recetó unas pastillas con los principios activos en valores humanos, pero él no creyó necesario tomarlas, pues perfectamente podía seguir con su vida diaria. El señor Q era propietario de una casa burbuja, y disponía de todas las comodidades necesarias para una buena existencia. Por pura rutina, caminaba todas las tardes a pie de playa, siempre al lado del agua pero sin llegar a mojarse, y siempre cabizbajo porque le interesaba mirarse el ombligo.

Un día mientras paseaba, el señor Q tropezó con un castillo de arena y lo derribó. Ignoró el llanto de unos niños que trabajaban en la construcción, cubo y pala en mano. Su rostro inmutable, no se angustió al escuchar la súplica de un anciano desorientado pidiendo ayuda. Tampoco se fascinó con los últimos rayos del atardecer, ni se estremeció al ver en el horizonte, un barquito naufragando bajo el mar.

Al llegar la noche, el señor Q caminaba lento. Sus piernas no le respondían y por primera vez tuvo miedo. Estaba solo, rodeado de gente y le faltaba el aliento necesario para pedir perdón. Se llevó las manos al pecho, desesperado por encontrar sentido a la vida. Levantó la mirada al cielo y quedó fascinado, después se negó a contemplar las estrellas y cerró los ojos. En ese preciso instante, su corazón renunció a palpitar. La piel blanquecina del señor Q tornó al gris lánguido, y el señor Q, se convirtió en una fría estatua de piedra desleída en la penumbra.

El día que todo se acaba... resulta que todo empieza.

Por TheSeniority

Treinta y tres años. 33.

No lo vio venir. Fue directo y al cuello. Sin sangre, eso sí. Solo violencia gestual, no física ni verbal. Le comunicaron su despido cuando ya otros sabían que no se contaba con él. Quizá eso fue lo más duro, lo más difícil de acatar. El valor de los 33 años se queda para sí mismo. No importa, no tiene trascendencia.

En la mesa de la terraza, con el mundo al margen de lo que sucedía, el sol como simple testigo, pero con ganas de participar, se dirigió a él con buenas palabras. Que la situación, que el momento, que los salarios y los costes.

Él no digería. Pero tampoco se atragantaba. Nunca se sintió uno más, nunca creyó ser otro al que le sucede lo mismo.

Treinta y tres años después era libre para empezar otra nueva vida.

Dejó que el sol participara en la conversación. Porque eso le hacía también revivir.



## ***El Olivo.***

El Olivo y Palestina;

Dignidad, vida, identidad, apego y un precioso collar de diamantes morados en las faldas de las montañas que regalaron unas abuelas a sus hijas, quienes ahora son madres y ven cómo deshilan sus recuerdos para suplir el diamante, esta vez, por una estrella.

El Olivo y Trabajo Social;

Entre ruelas y solidaridad se torna una rama que reclama paz para poseer por fin esa victoria de la que se habló en Atenas que no es más que el soporte de tu familia, que genera tu identidad y por el que luchas.

El Olivo y La Mancha;

Una familia al alba de un frío invierno y muchas mantas que cubren su raíz pero no su cuerpo. Forasteros que por un jornal tiznan el paisaje, ese que transcurre de amarillo al verde y del que todo el mundo querría acordarse.

Las dos; huele a lumbre, migas y familia. Varea el padre mientras piensa en la bajada de la cooperativa, manta la hija que tuvo anoche esa cena de Navidad con sus quintas y el abuelo, que canta por Molina recordando todas las mañanas que fue a dar el riego con “el Peca” que ahora está con la Ascensión, quien ya no se levanta a las 7:30 para asegurarse de que saldrá a fanear con un hato limpio.

*Amal Nonvole.*

### El regalo de Baltasar

Hasta ayer no hice las paces con los Reyes Magos. Estaba enfadado con ellos porque las navidades pasadas me trajeron unas zapatillas de deporte. Mamá dijo que eran muy chulas, pero a mí me daba igual, solo les había pedido que papá dejara de pegarle.

Por eso este año no quise escribirles la carta, aunque sí fui a la cabalgata. Al volver a casa, dije que me apetecía pizza. Entonces mamá encargó una y mientras la traían fue a ducharse. En eso papá abrió una lata de cerveza y se la bebió. Unos minutos más tarde hizo lo mismo con otras dos, y luego se puso a gritar que iba a matarla.

Yo me encerré en mi cuarto, pero entonces oí que llamaban al timbre y salí a ver quién era. Me limpié las lágrimas con la mano y me quedé boquiabierto. Se había quitado la túnica y el turbante, e iba vestido con un vaquero y un jersey. No dijo nada, solo dejó la caja que llevaba en el suelo, me miró fijamente a los ojos y se llevó el dedo índice a los labios para pedirme que no hablara. Después entró corriendo a casa y sujetó a papá, y no lo soltó hasta que se lo llevaron los policías.

JF Wolver

## ***En la plaza de mi pueblo.***

Adoquines desgastados cubiertos por colillas y cáscaras de pipas mascadas por tres generaciones que observan incisivamente a esa familia nueva que se mudó a la calle “Los perros”.

Halil de cinco años no se baja de la bici que le llevará al CRA,

Narora, Paula y Sergio aprovechan el Wi-Fi del Ayuntamiento, ese del que salieron en las fiestas-2019 como Zagalas.

Evaristo comenta el cierre del bar “La Jacinta” y la incertidumbre del funcionamiento del campeonato de cuatrola de los miércoles.

Mariana no sabe si en el balneario la necesitarán para cubrir Semana Santa, Ana sin embargo sabe que el viernes tendrá que renovar el paro.

Todo eso, en la plaza de mi pueblo.

*Amal Nonvole.*

**Pseudónimo autora:** Maara Wynter

**Obra:** Estimado lector

Antes de que se acabe mi vida quiero contar mi historia: todo empezó cuando una niña pequeña le dio un regalo a su abuelo

-Para que escribas tu historia –le dijo sonriendo con sus ojos.

Y yo, pasé de dibujar garabatos libres en un colegio a tener una cita diaria con un folio en blanco que habría de convertirse en historia con el paso de los días. Al principio estaba muy enfadado, no entendía mi cambio de vida y pensaba que solo me quedaría aferrarme al aburrimiento y la monotonía.

Pero desde entonces he revivido junto a sus canas y sus manos arrugadas y algo temblorosas, su niñez, marcada por la muerte prematura de su padre, su adolescencia, siendo desde muy joven la figura encargada de llevar el hogar y, su vida adulta, desde que se casó con el amor de su vida –y abuela de la niña– hasta que una larga enfermedad se la llevó meses atrás.

En este tiempo, le he oído reírse acordándose de viejas hazañas, le he notado más pensativo de lo normal cuando tocaba escribir algún capítulo más duro y hasta me he tropezado con sus lágrimas en alguna ocasión (he de admitir que en estas últimas ocasiones he deseado más que nunca tener unos brazos con los que poder abrazarle).

Ahora ya he cumplido mi propósito: el que la niña quiso encargarme. Nada me haría más feliz que verlos, aunque sea desde la basura, pasar una tarde juntos leyendo las letras curvadas que he ayudado a escribir y que, estoy convencido, serán el principio de otro gran capítulo de sus vidas.

Firmado:

Un bolígrafo cualquiera con sus últimos resquicios de tinta

## Gallinas, cerdos y una huerta

Un coche levanta una polvareda al circular por los senderos. Alberto, el conductor, trabaja de maestro en Madrid. Se para delante de una casa en un pequeño pueblo. Un hombre está mirando. Sale del coche a saludarle.

-Me ha costado encontrarte, Carlos. Hay varios caminos que despistan. Vengo a decirte lo que te corresponde de la herencia.

-Entra en casa.

- ¿Eres feliz aquí, alejado de la ciudad?

-Sí. Tengo gallinas, cerdos y un poco de huerta. He recibido ofertas para utilizar los terrenos, de personas que no encuentran trabajo. Algunas familias.

-Estarías acompañado.

Dos años más tarde Carlos y su hermano Alberto vuelven a verse.

-Has arreglado el camino.

-Lo hemos hecho entre todos. Ven. Te los presentaré.

Caminan entre las casas de piedra. Entran en ellas y saludan.

-Todos aquí quieren progresar. Y todos aportan lo que saben. Tenemos un panadero. Hace pan cada 3 días. Y a veces galletas. No tiene mucho tiempo porque trabaja en Móstoles.

-He venido a ver cómo te va. Y en qué has invertido el dinero.

-Puedes quedarte unos días y así me ayudas.

Tres años después Alberto regresa.

-He visto que la iglesia está reformada y que hay una tienda.

-Somos más de cien. Hay mucho trabajo aún. Estamos en contacto con algunas organizaciones y fundaciones que ayudan a personas. Vienen voluntariamente. En la ciudad no están bien. Aquí no se necesita mucho para vivir.

-En la plaza había niños jugando. ¿Cómo van al colegio?

-Tomás les lleva cuando va a trabajar. Podríamos tener una escuela, pero ningún maestro quiere vivir alejado de la ciudad.

- ¿Cómo os organizáis?

-Pedro, el alcalde, nos informa de las tareas. No tenemos lujos, pero estamos tranquilos. La felicidad se puede encontrar en este lugar. Quizás algún día te animes a venir.

-Quizás.

Juan Potes

## Invisible

Fue a las pocas semanas de merodear por la ficción de aquellas calles cuando descubrió, no sin sorpresa, su condición de mujer invisible, tan mutable como su propio ser. Hoy, por ejemplo, lo es.

Se ha acostumbrado a que la normalidad sea este ritmo frenético que envuelve la ciudad y que se funde en todos sus elementos, como un ente consciente donde sus órganos vitales (personas, coches, edificios) actúan en perfecta sincronía. Algunos días, juraría ver patrones en medio del falso caos. Otros, puede observar una discreta e impecable coordinación que le pone los pelos de punta, sobre todo porque aún no ha descifrado cómo hacer simbiosis con ese cuerpo extraño. Intenta que le traiga sin cuidado porque ha notado que no importa: el huésped no ha detectado al parásito.

A veces, como hoy, se producen ligeros errores en esa armonía simulada. Ahora, por ejemplo, mientras recorre una de las arterias principales, una de esas partículas autómatas la ha mirado a los ojos y ha emitido una mueca que en algún momento identificó como una sonrisa. Un rayo atraviesa su pecho y todo el aliento que contenían sus pulmones la abandonan y su invisibilidad cede a lo tangible.

La realidad la ha atrapado. Ellos la ven, no, peor: ella puede verse. Su cuerpo, antes etéreo, se desgarran por dentro. La sangre fluye, los huesos se resienten, los músculos se tensan. Tiene el pecho aprisionado por una losa que acechaba, escondida, en el inconsciente. Las lágrimas surgen, imparables, de ese mismo escondrijo, como torrentes inagotables que discurren por su rostro con violencia. Oye el ruido, pero no escucha. No escucha porque no entiende.

Siente el tacto rugoso de una mano posándose sobre la suya. El gesto es eléctrico. Despierta.

*Me ven, me ven –piensa –. Por fin, ¡me ven!*

Gala González

**PSEUDÓNIMO: DANA MILLER**

**OBRA: LA CHICA DEL CHALECO ROJO**

Las olas chocaban con violencia en la lancha de madera con la intención de volcarla en cada embestida. Hakim se aferraba con fuerza a la borda de la patera para no caer al agua y, como podía, se hacía hueco entre los hacinados pasajeros que compartían el mismo destino. Cada bocanada de agua salada le producía una nueva arcada que le impedía sumarse a los gritos y lamentos de los osados ocupantes.

Sus ojos miraban con miedo al horizonte sin encontrarlo mientras escuchaba cómo su corazón rugía más fuerte que los truenos de la tormenta huracanada que se cernía sobre la frágil embarcación. El miedo le paralizó cuando un fogonazo iluminó por completo el cielo y la lluvia envolvió la barcaza en un movimiento arremolinado que la agitó hasta hacerla añicos.

Fue un día aciago para todos los valientes que sabían que tenían que salir de sus casas, sin opción de vuelta, con la esperanza de encontrar una vida mejor. Es lo último que pensó Hakim antes de sucumbir a la fuerza de aquel inmenso y profundo líquido oscuro. Pensó que el mar había ganado la batalla.

Cuando creía que sus ilusiones las había sepultado la inmensidad del océano, notó como una mano suave rozaba su empapado. Cuando abrió los ojos la vio. Era una chica con un chaleco rojo de salvamento. Ya no sintió angustia ni miedo. Ella lo abrazó tan fuerte que, sin palabras, le hizo entender que su futuro ya no era tan incierto.



“La muerte de los vencejos” – Moli J.

En Fontiel se ha adelantado anómalamente el paso a la estación estival.

Ya no hay aguas que parar ni lluvias de tierra. Ahora lo que cae del cielo son algunas hojas y flores de los árboles movidos por el viento y vencejos, vencejos chiquitos que estrenan su llegada al mundo espachurrándose contra el suelo.

Es una imagen muy triste.

Algunos tienen la suerte de caer en musgo o terreno amable y logran salvar la caída. Cuando esto ocurre, es habitual que algunos humanos entregados se empeñen en hacer lo posible por sacarlos adelante, pero no es tarea fácil.

Se trata de una actitud que permite identificar a personas que aún no han perdido el corazón; un comportamiento loable y enternecedor indicativo de que en ellos pervive un niño, un veterinario que no solo trabaja por dinero, una madre empática o cualquier persona idealista que aún dispone de tiempo para detenerse a contemplar la belleza y la injusticia del mundo.

Estas aves pasan un 90 % de su vida en el aire, lo que les permitirá divisar todo tipo de realidades desde las alturas. Supongo que también sentirán pena al contemplar, en su grácil aleteo, a algunos humanos – para ellos diminutos – dejándose la vida en el mar en el intento de ir de un país a otro. Los vencejos nunca tuvieron problemas para migrar.

Varias veces acuné pequeños vencejos en las palmas de mis manos, nunca olvidaré el brillo de sus saltitos previos a alzar el vuelo ni el pinchazo en el alma con cada una de sus muertes.

## **La(s) periferia(s)**

Se levanta cada mañana y contempla el amanecer a través del cristal empañado del autobús. Apenas puede hacerle una foto porque sale todo el reflejo. Se pasa todo el día de un lado a otro tragando saliva para maquillar los huecos que aparecen en el registro de su vida laboral, porque claro, la ansiedad no está bien vista en las entrevistas de trabajo y no le interesa a nadie la cantidad de pastillas que un día tomaba con el café del desayuno, y el de la merienda y el de la recena. Cuando ya anochece, toca volver a casa. Toca cepillarle el pelo a la nena y sacar al perro que fue un capricho que tuvo la peque cuando vio que la vecina tenía uno. Maldita la hora. Cuando consigue llegar a casa, en aquel sitio lejos de todo, aquel final de línea en el que apenas bajan pasajeros ya, se quita las medias de compresión y se desmaquilla. Es un alivio que se reconozca en las tertulias el trabajo no asalariado de las mujeres y se hable de la importancia de la economía de los cuidados. Pero más le aliviaría no perderse la infancia de su hija entre horas y horas de transporte público. O tal vez llegar a casa cuando su marido aún estaba despierto y podían darse un beso como al principio cuando tenían ilusión y tiempo. Porque, al final, el único tiempo al que hacemos caso, es al que figura en las etiquetas de caducidad. Y cuando mira en el reverso de la etiqueta del último yogur que tiene en la nevera, encima lo tiene que tirar.

## La sala de espera

Hoy Ayoub me ha contado que tiene tres tipos de sonrisa. La primera, la social, es la máscara falsa que decidió usar desde pequeño, cuando las cosas en casa no eran fáciles y era mejor pasar desapercibido para que otro se llevara el castigo. Si sonreía, mostrando con fuerza todos sus dientes, su padre le decía que así no iba a llegar a nada en la vida, pero por lo menos no se acompañaba de ningún golpe.

La segunda sonrisa es cerrada, un leve movimiento de comisuras, que a menudo se acompaña de ganas de llorar, generalmente de agradecimiento. Antes de vivir en España no existía, pero desde hace dos meses aparece siempre que alguna persona desconocida se muestra amable con él. Sentado en la sala de fuera, esperando a que le llame para atenderle por su dolor de cuello, hoy ha conocido a Ramón, un anciano de 80 años que pocas veces ha sonreído en su vida. Ramón viene a consulta porque, como otras veces, se siente muy solo. Los dos en la sala de espera han hablado de lo mal que está todo ahora. Del calor en primavera. De la amistad. Ayoub le ha preguntado cuántas sonrisas tiene y Ramón no ha entendido bien la pregunta. Entonces, tras casi media hora de retraso, han entrado juntos en la consulta. Hemos hablado los tres de las cosas importantes de la vida. Ayoub me ha explicado que tiene una tercera sonrisa. Es una que no se ve, que se muestra dentro del pecho, quizás en el mismo lugar dónde podría estar el alma. Es la más genuina, la más intensa, y, aunque no se vea, es la que más nos define. La que nos une a otros, cuando simplemente mostramos amor y atención a los demás.

## Lavado y planchado

Said sube el cierre de la Lavandería Solidaria. Prende la maquinaria y todo gira. Recién acogido, hace la tarea. Primero, la limpieza. La lavadora tiembla, se llena de agua y se bambolea. Bate la ropa. Una barcaza de nuez, poblada de gentes con miedos, se adentra en un mar de espumas como de suavizante. Cuando termina el programa, absorbo, por la marea, por los recuerdos, saca la ropa. La secadora la traga. Centrifugado asfixiante. Camisas, vestidos, un chal, un abrigo se arremolinan en los bordes. Ropas de puzzle roto sembrando una playa. Son la portada de todos los diarios. Said traga saliva. Suena un pitido. Ha acabado el programa, dice la máquina. El sonido agudo y repetido es la señal, momento del salto. Todos se arremolinan. Vuelve a despertarse de su falso insomnio y pasa la ropa a la calandra. Dobla, redobla. Un papel, el informe, de mesa en mesa, el plegado y el sellado, que nunca llega. El último paso. Todas las prendas ordenadas van a una bolsa. De plástico. El empaquetado. Unas bolsas que recogen todos esos cuerpos que no tienen nombre. Los que han quedado por el camino. Said silba para saberse aquí, para darse cuenta de que aún respira. Todo listo se amontona en la esquina para que llegue la furgoneta para el reparto. La Lavandería Solidaria es todo cristales, entra el sol y todo se ve. La limpieza impoluta que no conseguimos en nuestras casas. Said termina. Acaba el turno. Baja el interruptor. Echa el cierre. Apaga todo, pero aunque se marcha la maquinaria sigue rodando. Sale a la calle, sale silbando, silbando alto, tan alto que parece que tiene un coro. El silbido de pájaros de su tierra que trae frunciendo sus labios a golpe de aire.

Seudónimo: Carmelo Garzón

## **Libro, café y AVE**

Seis de la mañana, pese a ser su día libre el despertador suena como cada día pero hoy es por un motivo especial. Libro, café y AVE para poner rumbo a su pasado, sus recuerdos más amargos, quizás la mayor enseñanza que jamás pudo tener pero también, por suerte, al principio de su sueño cumplido.

Calor asfixiante, humedad y ese olor a mar que todavía le revuelve el estómago. La playa empieza a estar abarrotada, son casi las 11 de la mañana y los más madrugadores han escogido su hueco, se escuchan los niños jugar, risas, el sonido de unas palas... Y las olas... Ese sonido que le lleva 10 años atrás, es lo primero que recuerda, el sonido de las olas y la sensación de calor, después, abrir los ojos y verle ahí tirado, empapado de agua y con la boca abierta, había sido su hermano quien se había empeñado en que buscasen una vida mejor y al final él nunca la pudo disfrutar.

Tira la carta al mar con el resumen de su año, como cada 13 de julio, para que su hermano sepa que sí, que él sí lo consiguió. Málaga no fue el sitio, pero sí es donde aún siguen sus compañeros de "aventura" y total el mar sí que lo es. Visita obligada a Addo y Baako, ellos siguen en ese pozo difícil de salir, entre bolsos y gafas de sol. Les cuenta que sigue en Aranjuez, que sigue trabajando en la cafetería de la chica que conoció hace tres años y con la que está a punto de casarse, va a comenzar a estudiar y les recomienda cambiar de rumbo, buscar una ONG que les ayude como él hizo con Fundación Juanjo Torrejón y que empiecen de nuevo pero sin olvidar su pasado.

Libro, café y AVE de nuevo rumbo a su presente.

**Pseudónimo: Conticinio**

## LUCHADORA DE SUEÑOS.

Una vez en Europa, nos distribuyeron por distintos países. Tuve suerte, pasaban los días y apenas se fijaban en mí. Cuando las puertas del camión, en el que nos trasladaban, se abrían para entregar la “carga” como decían, yo me escabullía. Era la única de todas las que estábamos encerradas en aquel camión que apenas me movía, no lloraba ni gritaba como las demás. Los rumores sobre que era retrasada, que no hablaba ni entendía, llegaron a los oídos de los hombres que nos custodiaban. Cuando solo quedábamos la mitad de las chicas, dos de ellos empezaron a observarme y seguramente decidieron que no valía nada, que era muy delgada y poco agraciada, en fin, que nadie iba a pagar por mí. Poco después sentí como el vehículo se detenía y uno de ellos me arrojaba fuera de él sin miramientos. Era sordomuda, solo eso, pero comprendí que ello había hecho posible que fuera libre. No me importó estar en medio de la nada, ya buscaría la manera de llegar a algún lugar, pero el hecho más importante es que ahora estaba cerca de algún pueblo o ciudad en Europa. No oía ni hablaba, de donde venía era un problema de marginación, pero aquí no. A partir de ahora podría empezar a expresarme de otra manera. Podría hacerlo a través de la pintura o la escultura que, de eso, tenía dentro de mí, mucho por decir. Había llegado al lugar de mis sueños.

SEUDÓNIMO: EL MENSAJERO.

“Más allá... existe la paz”

- ¿Dónde vas? - gritó la mujer del uniforme verde, que conocía mi idioma, desde la puerta.
- A contarle a mi padre que mamá y mi hermana están a salvo - respondí yo, con una sonrisa de felicidad.

Mi padre me estaba esperando en la calle, caminaba de un lado a otro. Yo me colé en el hospital.

Los tiempos difíciles habían llegado a su final, aunque nos quedaba mucho por vivir en este nuevo mundo.

Hace tan solo unos meses, mis padres y yo vivíamos felices en una pequeña casa de una diminuta aldea. Las cosas se complicaron y a lo que unos llamaban poder, otros veíamos oscuridad y sangre.

Una fría mañana de invierno, mi padre decidió que era hora de marcharse. Mi madre estaba esperando un bebé y no podíamos quedarnos allí.

Tras varias semanas recorriendo caminos helados, carreteras solitarias y ciudades fantasma, acompañados del ruido de las bombas, llegamos a la frontera donde miles de personas esperaban su turno para poder sentir que el peligro quedaba atrás.

Mi madre apenas podía mantenerse en pie, ella sentía mucho dolor, y mi padre sufría con cada uno de sus quejidos. Nadie quería ayudarnos, nadie quería quedarse en un lugar que ya no sentían como suyo y que les producía tanto miedo.

Por fin, llegamos a la frontera y nos trasladaron a una ciudad cercana, donde había un hospital. Mi madre ya no respondía, algo estaba pasando, mi padre no levantaba la cabeza, estaba bloqueado por el terror, apenas podía asentir cuando los militares le hablaban.

Unos ángeles vestidos de verde se llevaron a mi madre con mucha prisa, mi padre tenía que esperar fuera y yo...

Pseudónimo: Ainos



## **PSEUDÓNIMO: OLIVO**

### **MASTER CLASS**

Gracias a mi nieta Hada, he aprendido a conectar con el mundo de otra manera. Ya no me siento tan sola y hasta tengo mi propio avatar. Pero mi pequeña maestra vive atrapada, encerrada en un mundo virtual de amigos que no conoce, angustiada por conseguir like en un espacio de redes tan vacío que da vértigo.

Por experiencia vivida, soy Teaching Assistant en rosquillas caseras, y sé que una masa no es buena si los ingredientes no empatizan. Se necesita una harina integradora regada con un chorrito de agua tibia para deshacer bulos. Aceite de calidad para no oprimir ni apelmazar. Huevos para nutrir nuestra conciencia. Azúcar para conservar la masa y una pizca de sal para no elevar la tensión. Es imprescindible, el beso de levadura que realza la estima y favorece que el alma no se doblegue. Por último, amasamos mano a mano conscientes de realizar un trabajo compensado. Después, todo queda en reposo. Madurando en su tiempo óptimo, meditando, descansando.

El proceso sigue. Cortamos la masa para unir las rosquillas en tiras de abrazo, uno de esos abrazos, que resisten el aceite hirviendo. Puede ser que confiemos en la apariencia de una buena masa adulterada. Puede ser que de entre todas las rosquillas alguna se fragmente, otras se chamusquen por fuera y otras queden crudas por dentro. Pero la vida sigue adelante, y siempre hay oportunidad de reinventar nuevas rosquillas fortalecidas con un toque de anís o canela.

La finalidad de esta receta no es colgarla en la nube, es dar vida a esas pequeñas cosas que se archivan en grandes recuerdos. Es programar sin olvidar, que se puede ser viral y compartir con los nuestros la esencia, el olor, el sabor y la ternura de unas sencillas rosquillas de sartén.

## No todos comerán

Nieves B. Calderón

Cuando Héctor se levanta de la cama ya tiene escrita en la mente la crónica que debe mandar al periódico. Toma algo de mate y de fruta —de temporada siempre, la compra donde su amigo Karim, que le invita a té y dulces de su tierra— enciende la radio y repasa las noticias en el diario. Después se acicala frente al espejo del baño. Una sombra oscura lo visita en este trance. Frente al cristal, cree descubrir al hombre que huyó de la muerte violenta que alentaban los milicos en su patria, a la que hace años que no regresa. Que no quiere regresar. Ojos de cielo, pelo de plata, Héctor agarra el bastón que le ayuda a mover su cuerpo añoso y se despide en casa con un «por ahí luego vuelvo a comer». En la asociación de vecinos lo reciben siempre con una sonrisa, que esconde siempre un problema detrás. Esta vez, una bicicleta para Abdul, el hijo de Alí, que quiere salir de excursión con los demás niños del cole. Héctor saca su libretita del bolsillo de su chaleco y anota.

El bastón lo arrastra ahora hasta el banco de alimentos, donde prepara paquetes de comida como uno más: dos de leche entera, dos de galletas, garbanzos, alubias, arroz y dos tarros de tomate frito. «Dejé pagada una bolsa con fruta, donde Karim», le explica en un susurro a Lucía, que hace meses que dejó atrás la violencia física, aunque no la social.

«Por acá estoy», anuncia en casa. Antes de almorzar y de dormitar un rato, se sienta al ordenador para teclear la crónica que tejió entre sueños y que, en esta ocasión, apunta al cambio climático: «A vivir que son dos días. Lo inmediato es qué comemos hoy y no todos comerán».

## **PERSONAS ESPECIALES**

Las personas que son especiales son muy grandes, pueden hacer tantas cosas...Como trabajar, ¡mira! Yo soy una de las personas especiales y estoy trabajando en piezas o en jardines y podemos hacer muchas cosas más.

Damos gran felicidad, cuando sonreímos, acabas sonriendo tú, pero muchas personas nos miran como bebés, que a mí me paso en el rastro de Aranjuez, un hombre llamó a mi hermana como si fuera mi madre y a mí como si fuera una niña pequeña. ¡Así fue! Como te digo.

Los niños especiales todavía no trabajan porque son pequeños, son puro cariño, te dan ternura y mucho amor.

Los que son especiales hacen cosas en un centro como pendientes, colares, cosas de madera y luego las venden, pero también son gente que no piensan que son especiales. ¡Mira! Yo quiero aprender cada día más, como matemáticas, cosas difíciles como las que estoy haciendo. Yo me digo que no soy especial, soy una persona normal.

Las personas especiales que son personas normales y corrientes, porque lo "son" yo diría a la gente que los mira mal a ellos, si tuviera un hijo así ¿qué harían?

Deseo que en futuro nadie nos trate como bebés.

**Virgimaster**



## PLÁSTICO Y ENEA

Rosario pasaba sus últimos días en una vivienda esquivada en la que las visitas eran tan poco frecuentes como la luz del sol, que apenas se atrevía a cruzar sus ventanas tímidamente durante las primeras horas de la tarde. Aquel bajo enrejado y lleno de humedades era una sangrante alegoría del ocaso de su vida, y todo cuanto podía permitirse con lo que le había quedado de pensión. Ella, que tanto se había quejado de las arrugas que surcaban avariciosas su rostro a causa del sol, el visible castigo de los que no podían ocultar de dónde provenía su sustento, ahora añoraba disfrutar de su reconfortante presencia.

Hacía un par de años que le fallaba la memoria, pero los recuerdos son lienzos pintados con distinta suerte y esmero. La mayoría de los que ocupaban su cabeza eran de pincelada gruesa y ligera, de modo que apenas le permitían discernir si lo que acontecía en la escena era dulce o amargo. Otros, sin embargo, gozaban de un trazo tan fino y trabajado que podía revivirlos con increíble nitidez. Entre esos recuerdos se encontraba la silla de enea en la que tantas horas pasó mondando lentejas o arreglando hojas de espinacas.

Una tarde de mayo, haciendo alarde de las pocas fuerzas que le restaban, sacó una roída silla de plástico a la calle. Alzó el cuello, cerró los ojos y esperó la compañía de un sol mucho más benévolo que en su juventud. Para su sorpresa, no fue el único en pasar la tarde con ella. Una niña de ojos vivos y brillantes le mostró su diminuta silla de patas de madera y asiento de enea, y le espetó:

—¡Mi madre me ha castigado y tengo que contar todas las hebras del asiento! ¿Me ayudas?

## SED

Entré en aquella iglesia muerto de hambre y salí muerto de miedo. Dejé allí adentro aquel cadáver con sotana y alzacuellos, ya sin apetito pero ahora con cierta sed.

Volví a la rectoría, busqué a Monseñor y le mostré mis manos. Él apretó las suyas suaves y recién hidratadas con las mías ásperas y llenas de la sangre del sacerdote al que acababa de asesinar en su nombre.

- Gracias por su último servicio a la parroquia, ya es uno más de nosotros y nunca más volverá a pasar hambre.
- Gracias a usted Monseñor (mentí) , para servirle siempre (volví a Mentir).

Al día siguiente regresé a la iglesia, acudí al confesionario y Monseñor absolvió mis pecados con unos cuantos (muchos) Padres Nuestros y aún más Aves Marías como penitencia.

Comulgé en paz y desde entonces , y gracias a Dios, esa oblea se convirtió en mi sustento. Hoy sigo con sed (de venganza).

**Nani Salinero**

Soledad

Estaba absorta sentada en su sillita de mimbre contemplando desde el corredor las continuas entradas y salidas de una pareja de golondrinas en su regreso anual a su nido.

Vuelven cada año solas y a finales de setiembre se van con su prole en busca de otros mundos más cálidos. ¿Cómo lo sabrán? , se dijo. Vienen y se van solas, pensaba para sus adentros mientras el sol recorría parte del patio interior de la corrala.

Ella , con 92 años, había construido su “nido” desde que nació, en esa corrala donde yo había vivido unos años con mi familia. Su marido, trabajador en la desaparecida “azucarera” la abandonó hace ya una treintena de años, y su hijo se lo llevó por delante insospechadamente no sabe muy bien si una neumonía o la “la enfermedad esa del covi” –me contaba en mi última visita.

Su casita es elemental. Un saloncito con una ventana al corredor, una cocinita con otra ventanita y un dormitorio con una cama de matrimonio con una foto de los tres (su marido, su hijo y ella) hecha en el estudio de fotos Burgos el día la comunión. La compra diaria (poca por cierto) se la hace una vecina, Amparo, que anda pendiente de ellea.

Desde su sillita, con un plato en su regazo desmigaba un mendrugo de pan que cada mañana arrojaba al patio con el jolgorio cotidiano de una docena de gorriones.

-Hola hermoso, te echaba de menos. Ojo el tiempo cómo pasa. Aquí, **con los míos**.

-¿Y cómo estás?

-Solita.

-Mujer, paciencia, alguien vendrá a verte.

-¿Y quién?

-Yo es que ando un poco liado y me acerco cuando puedo a verte un rato.

-Ya, yo me apaño **con los míos**, esos no me fallan nunca. Ale camina hermoso, ya vendrás otro día...Aquí estaré.

Me acerqué a darle un beso en su carita por la que discurría una lágrima silenciosa.

-¡Adiós! , Soledad.

Nota: Soledad, mantiene contacto con el mundo, es una vecina, Amparo, y el “chivato” de la Cruz Roja que lleva colgado al cuello y ,desde hace un par de años la comida que le acercan los voluntario de la Fundación Juanjo Torrejón de Aranjuez. Echa de menos que mis esporádicas visitas sean más frecuentes.

Pseudónimo: Insúa Godoy

SOY ANTONIO ¿QUÉ TAL ESTÁS?

-Lo que me faltaba hoy.

-Buenas tardes, señor ¿Podemos hablar con usted?- dijo un policía.

-Tres veces me han robado desde Navidad. Os veo venir.

-Mire, no sé si usted se ha enterado pero hay una pandemia por culpa del covid.- continua el policía.

- ¿Tiene usted una mascarilla? Debe ponérsela.- dice el compañero.

-Y a mí qué más me da. Mire mi dedo. Y de mis cosas ni hablamos. ¿No?

-Escúcheme, esto es una cosa de todos.- dice el agente con tono tranquilizador.

-Y... ¿quién me ayuda a mí? Nadie.

-Aquí tiene una mascarilla.- interviene el compañero.

-Ni siquiera vosotros. Que os tengo calaos.

-Escúchenos un momento. ¿Cómo se llama, por favor?- dijo el primer policía.

-Y la paliza que me han dado. ¿Qué? Mira como tengo el dedo. Esta misma mañana ha sido y ni entrar al ambulatorio.

-Por eso queremos hablar. Las cosas están mal- seguía el policía a través de la mascarilla.

-Ni a los perros se les trata así.

-Hay una pandemia mundial y una de las muchas medidas es que estamos todos confinados. Usted no se puede quedar aquí.- proseguía el mismo agente.

-Y eso porqué. Porque lo decís vosotros.

-Se tiene que ir usted a su casa.- dijo el agente simplificando.

-Esta es mi casa.

-No señor, esto es un parque.- recalcó el compañero.

-A mi casa dicen. ¡Pero si yo no tengo casa!

-Bueno, entonces, vamos a ver qué se puede hacer.- se dijeron entre los dos agentes.

-Donde están mis cosas, está mi casa.

-Déjenos que hagamos una llamada y busquemos alguna solución.- pidió el primer agente mientras su compañero se alejaba un poco.

-Mis cosas están aquí. Pues eso.

-Creo que hemos empezado con mal pie. Buenas tardes, soy Antonio. ¿Qué tal estás?



## Tristura

Por algún motivo que desconocía, mis padres habían considerado que era ya lo suficientemente mayor para saber que los Reyes Magos no existían, que Papá Noel y el Ratón Pérez tampoco, pero que no lo era tanto para entender que el abuelo en verdad no estaba en el cielo y que ellos en realidad no discutían porque la gente que se quiere mucho a veces discute e incluso rompen cosas por ello, sino por todo lo contrario. Porque se habían dejado de querer. Ese día no solo me quedé sin mi abuelo Teo. También me quedé sin mi abuela Mari, porque mi madre se había dejado de hablar con la abuela Mari y eso nos incluyó a todos. Ahora, cuando paso bajo su balcón y veo ropa tendida, sonrío a escondidas de mamá. Desde entonces todo le enfada. A mí, casi que también. Ese día recuerdo montarme en el asiento trasero del coche y abrocharme el cinturón. Siempre obediente. Un gato cruzó la carretera mientras el cielo se resquebrajaba sobre nuestras cabezas. Después comenzó a jarrear. No dejó de llover en toda la noche. Yo no dije ni una sola palabra hasta la mañana siguiente cuando realmente empecé a darme cuenta del prematuro final que había tenido la infancia.

## UN PAR DE ASTRONAUTAS (Julieta Carrasco)

- ¿Te la imaginabas así?

- Para nada. Es maravillosa. Grande, azul y más redonda que lo que nos contaron.

Sara y Julia son mujeres, españolas y astronautas. Vamos, una trilogía de “facilidades” para poder viajar a 400.000 km de la tierra. Y ahí están las dos, disfrutando de una vista de la que sólo han disfrutado 600 personas en la historia.

- ¿De quién te acuerdas ahora Sara?

- De mi madre, Julia, de mi madre. Se ha pasado tres meses llorando todos los días desde que supo que nos habían elegido. ¡Lo sabe todo el pueblo! Imagínate la panadería estos días. Se lo ha contado a cada cliente que iba. Una mujer que enviuda a los treinta, que se queda a cargo de tres hijos, sin ayuda de nadie y que consigue que su hija pequeña sea la primera astronauta española.

- Bueno eh, !! la segunda!!! que yo me subí antes en el cohete jajaja.

- ¿Qué te imaginas que están haciendo ahí arriba?

- Seguro que Sara le está contando cuando casi le quitan la beca por ayudarme en la panadería. Me enfadé terriblemente cuando me enteré.

Marta y Susana son mujeres, llevan un negocio propio y son madres orgullosas de sus hijas. Vamos, otra trilogía de “facilidades”.

- ¿Tú crees que se acordarán de nosotras?

- Supongo que sí, me contó la barbaridad de experimentos que tienen que hacer, no me enteré de nada, pero vamos, si no saca dos minutos para acordarse de su madre la pongo a cocer pan a las 6 de mañana jajaja. Imagínate la primera astronauta española cociendo pan.

- ¡¡La segunda!! que Julia subió antes al cohete.



## UN PUEBLO SIN AGUA

El cansancio es una armadura de cien kilos. Puedes ponértela y caminar unos pasos. El problema es llevarla durante meses sin que te destruya el alma. Louis llevaba tanto tiempo con ella que ya había perdido su sonrisa. Ahora sólo pensaba en el dolor de sus piernas dobladas e inmóviles. Intentó dormir para matar el tiempo. Cerró los ojos y se sumergió en el vaivén de olas y sollozos. Por un momento volvió a jugar a las tabas junto al rebaño de cabras. Contempló el rostro de sus hermanos y escuchó su risa. Sus ligeras piernas volvieron a correr detrás de un viejo balón.

Un foganazo atravesó sus párpados y salió volando del cayuco. El océano le empujaba al fondo llenando sus pulmones. No sabía nadar. Es difícil aprender si vives en un pueblo sin agua. Gastó las fuerzas que le quedaban en correr hacia el aire. Huía del fondo que lo atrapaba y ahogaba. Justo cuando su pecho se llenó de agua y sus piernas dejaron de correr, una tabla cayó a su lado. Se agarró y tiraron de él.

Recordó las instrucciones que les dieron antes de embarcar. La policía les detendría y los devolverían a su país. Aterrado y exhausto, una cuerda le llevaba hacia un destino igual de malo que la muerte. Solo podía ver las luces blancas de los focos. Escuchaba a los policías hablar detrás de ellas. Dos hombres le subieron al barco. Le taparon con una manta y le ayudaron a caminar.

Los policías blancos eran diferentes a los de su país. El uniforme era diferente. En su país nunca permitirían mujeres y nunca darían agua a un preso.

Louis nunca aprendió a leer así que no se fijó en el nombre de la embarcación. Open Arms.

**PSEUDÓNIMO: DANA MILLER**  
**OBRA: UNA MANO AMIGA**

Siguió el movimiento de sus labios y adivinó las palabras. Se preguntó cómo sonarían, cómo sería su voz. El recuerdo que tenía de los sonidos era más vago cada día. Igual que los que tenía de Guemim – Es-Essmara, su localidad natal en Marruecos. Cómo podía imaginar Ahmed Alami que su sueño de una vida mejor en España terminaría por convertirse en una pesadilla.

El joven, de veinte años recién cumplidos, padeció una meningitis meses atrás que le provocó una pérdida auditiva irreversible y lo dejó en una situación de doble exclusión. A las dificultades de integración propias del inmigrante, sumaba Ahmed una discapacidad que había acrecentado su aislamiento. Poco a poco dejó de participar en las conversaciones grupales de sus amigos marroquíes, incapaz de seguirles el ritmo para leer sus labios.

El silencio y la soledad lo anclaron en un profundo estado de tristeza del que creyó que sólo muriendo podría escapar. No contaba el muchacho con Patricia Alcaraz. *Dame la mano. Ven conmigo. Estoy aquí para ayudarte.* Se preguntó Ahmed si acaso no habría equivocado sus palabras, y siguió el movimiento de los labios de ella una vez más. *Puedes confiar en mí. Déjame ayudarte.* El chico le dio la mano y ella le sonrió. Ahmed le devolvió la sonrisa y se alejaron juntos de la vía del tren.

## UNO A UNO

A la sombra de una palmera, tumbadas en el suelo, una joven abraza a su pequeña hija. Llegaron esta mañana, como todos los días, con el grupo de manteros que diariamente despliegan su mercancía por todo el paseo marítimo.

Entre el bullicio de bañistas que van y vienen, me encuentro con Águeda, una mujer humilde, de mediana edad, más bien bajita y de maneras sencillas.

—Buenos días Águeda. ¿A dónde vas con tanta prisa? —la pregunté con curiosidad.

—Voy a recoger a la hija de la que hace las trenzas en la playa —me contestó con impaciencia.

— ¿Y eso?

—Me la llevo todos los días para que descanse un rato.

— ¿Y a su madre le parece bien?

—Si —me dice sonriendo—. La niña come en casa y luego duerme un poco la siesta. ¡Tenías que verla comer! —exclama orgullosa.

—Me parece muy generoso por tu parte.

—Si cada uno ayudáramos... aunque solo fuera a uno —me confiesa con una triste esperanza.

Coge a la niña de la mano y se van las dos caminando despacio, con pasitos cortos. Según se alejan, veo a Águeda y a la niña que van creciendo y sobresalen entre la gente.

Y la madre de la niña sonrío y canta canciones a niñas rubias, mientras hábilmente, les trenza el pelo a lo afro.

The background features a repeating pattern of stylized illustrations. It includes various types of trees in shades of green and grey, and human figures in simple, flat colors (brown, yellow, pink, grey) engaged in different activities like reading, standing, or gesturing. Open books with brown covers and white pages are scattered throughout the scene.

GRACIAS



**FUNDACIÓN  
JUANJO  
TORREJÓN**